



PQ 6572
.V3
C6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO XIII
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I
CRONICUERÍAS

I
Disparates negros.

No sé yo, ni es cosa fácil de averiguar así de pronto, quién sería el primer mortal que discurrió llamar *crónicas* á los disparates.

Pero hay que reconocer que, fuera quien fuera, hizo un descubrimiento prodigioso.

Y hasta benéfico si se quiere: á lo menos para cierta clase de personas; verbigracia, para la clase de malos escritores.

Porque es cosa experimentada que los individuos de esa clase respetable..., siquiera por lo numerosa, encuentran hoy, merced al susodicho descubrimiento, mucha mayor facilidad que antes para dar á la estampa sus desatinos.

Figúrense ustedes que un día da un periódico la noticia de un suceso cualquiera; por ejemplo, de que una guardabarrera del ferrocarril, enterada de que las aguas de una nube habían cortado la vía, corrió, en cumplimien-

to de su deber, á avisar el peligro al maquinista de un tren que se acercaba, y evitó la catástrofe.

Y figúrense ustedes que dada sencillamente esa noticia en un periódico en seis ó siete renglones, y reproducida lo mismo en los demás, con lo que se habría enterado ya del caso todo el mundo, se le ocurriera ocho días después á un redactor del periódico que la dió primero, volver á darla más extensamente, y escribiera al efecto un artículo de columna y media...

Claro es que el director del periódico, con muy buen sentido, se opondría á la publicación de este artículo, diciendo:

Hombre, no: eso ya lo dijimos el otro día... eso lo tienen los lectores olvidado de puro sabido... ¡Vaya una novedad!

—Es que cuento el caso más ampliamente, con más detalles,—diría el autor del artículo.

—No, no—insistiría el director,—déjese usted de eso: la Misa del gallo no se dice más que una vez al año...

Y, naturalmente, no se publicaría la noticia amplificada.

Pero sucede que el autor de la amplificación, en vez de llamarla así, contesta á la primera observación del director diciéndole:

—Es que esto es una *crónica*.

¡Ah! entonces—dice el director,—lea usted, á ver.

Y se dispone á examinar el escrito:

Comienza la lectura:

«El tren *corría; corría...*»

—Hombre, me parece que sobra un *corría* de esos... ¿No cree usted que es bastante uno?

—No, señor; fijese usted en que es una *crónica...* el estilo tiene que ser de *crónica...*

—¡Ah!—vuelve á decir el director—se me había olvidado... Bueno, siga usted.

«El tren *corría; corría devorando* el espacio negro como un monstruo, *más negro aún...*»

—Hombre, hombre,—vuelve á decir el director, rascándose la barba,—también esos dos *negros* me parecen demasiados... Y luego no está claro tampoco si la partícula comparativa se refiere al verbo *devorar* ó al adjetivo *negro*; vamos, que no se sabe si quiere usted decir que el tren devoraba el espacio negro como le devoraría un monstruo *más negro*, ó que el espacio es negro como un monstruo...

Y en este último caso, que me parece el más probable, note usted que eso de que el espacio es «*negro como un monstruo, más negro aún*», es un disparate... negro también, ó del color que usted quiera, pero disparate. Porque si el monstruo es más negro que el espacio, no se puede decir que el espacio es negro como el monstruo... ¿Ha oído usted decir alguna vez: «Pedro es alto, como Juan, que es mucho más alto?...»

—No, señor; pero tenga usted en cuenta que lo que estoy leyendo es una *crónica...*

Ante esta observación el director, aunque sea persona inteligente y de no mal gusto literario, se ablanda un poco y consiente que siga la lectura.

Y sigue:

«El tren *corría*; *corría* devorando el espacio negro como un monstruo *más negro* aún: su *ojo encendido* rasgaba las tinieblas, y sacudiendo sus férreos anillos como un *reptil gigante*...»

—Le advierto á usted que esa comparación del tren con el reptil no es nueva, sino muy conocida, por haberla usado el insigne don Ramón de Campoamor, hace unos cuarenta años, en *El tren expreso*.

—Bueno, pero como esto es una *crónica*...

Sigue la lectura...

«...como un reptil gigante, se precipitaba con horrisono *tableteo* por cañadas y terraplenes, *vertientes* y trincheras.

»Era una marcha vertiginosa, casi una caída sobre el abismo!...»

El director, al oír esto de la caída sobre el abismo, hace un movimiento como disponiéndose á decir algo. Pero, recordando sin duda que lo que oye leer en una *crónica*, se encoge de hombros.

.....

«Dentro de la caseta el espectáculo rayaba en lo trágico... tres niños tendían á todas partes sus bracitos...

Y en medio estaba la madre, es decir, la fiera...»

—¡Pobre mujer!... ¿Por qué la maltrata usted así?... Verdad es que dice usted que eso es una *crónica*... Se me había olvidado.

Siga usted:

«Pero se sentía con vigor: era madre (¿madre ó fiera, en qué quedamos?), tenía vista de lince, dientes de loba y garras de *tigresa*...»

—¡Qué barbaridad!... Pero, hombre, algo menos sería... ¡Ah! y le advierto á usted que no se dice *tigresa*, sino TIGRE, lo mismo para nombrar á la hembra que para nombrar al macho, porque TIGRE es común de dos, igual que LIEBRE, ÁGUILA, etc. ¿Dirá usted también la *liebresa* ó el *liebro*, ó el *aguileso* ó el *águilo*?...

—No olvide usted que esto es una *crónica*.

—Es verdad; siga usted.

«Era el puente de Fuentes que se hundía, y en aquellos momentos se acercaba sin duda á sus tramos el tren de Zaragoza, con su marcha de expreso y su *tableteo*...

—Me parece que dijo usted ya otra vez eso del *tableteo* y, francamente, *verba repetita*... Pero me dirá usted que es una *crónica*.

—Sí, señor.

—Adelante.

»Apareció por fin al otro lado de la terrible cortadura el *ojo sangriento* del tren...»

—También creo que dijo usted ya eso del *ojo sangriento* ó *encendido*, que viene á ser...

igual... Y una vez podría pasar; pero dos... Verdad es que se trata de una *crónica*...

Y después de haber llamado á la pobre guarda, fiera, loba, *tigresa*, pantera, leona y no sé si algo más, el *cronista* termina con estas palabras:

«Ha ocurrido, es exacto: no he aumentado al relato una sola grandeza».

—No, al contrario: ha empequeñecido usted la acción cargándola de ridiculeces—dice el director para sí;—pero hay que considerar que es una *crónica*...

Y en lugar de hacer pedazos las cuartillas y tirarlas al cesto de los papeles rotos, las manda á las cajas.

II

Un párrafo aprovechado.

Uno sólo voy á leer á ustedes de otra *crónica* publicada en un periódico liberal, como artículo de lujo.

Atiendan ustedes:

«Puede el hidalgo campesino abandonar la casa solariega y el labrador su cobertizo de tablas y raíces; cuando pasen los años y *vuelva*»...

—¿Cuál de ellos?—me preguntarán usted-

des.—Porque son dos los que se han marchado, el hidalgo y el labrador; y si no vuelve más que uno, hay que decir cuál es el que vuelve.

—Bueno; pero el autor no lo dice, y yo no lo sé adivinar; de manera que no puedo complacer á ustedes. Sigamos:

«...cuando pasen los años y *vuelva* allí le encontrará...»

—¿Qué encontrará?... Porque lo abandonado eran dos cosas, ó dos casas, como quien dice; vamos, la casa solariega y el cobertizo...

—Sí, pero también los abandonantes eran dos, el hidalgo campesino y el labrador, y el que vuelve no es más que uno.

—Lo natural era que habiendo dicho: Puede el hidalgo campesino abandonar su casa solariega y el labrador su cobertizo de tablas y raíces...» dijera luego: Cuando pasen los años y vuelvan allí *los* encontrarán (el cobertizo y la casa).

—Eso sería lo natural, pero no sería lo *modernista*, ni lo... *croniquero*... Figúrense ustedes que al autor se le olvidó que el principio de la oración tenía dos sujetos, ó que, sin olvidársele, quiso echar uno al agua y quedarse con el otro sólo..., y ¿qué le hemos de hacer? Hay que resignarse.

«... cuando pasen los años y *vuelva* allí le encontrará más *avejentado*...»

—Y eso, ¿qué es?

—Una tontería que ha escrito el autor en comandita con el Diccionario de la Academia.

—¿Y qué quiere decir...?

—Como querer... quiere decir aviejado, envejecido; pero no lo dice. Porque como ustedes comprenden perfectamente, *avejentado*, en rigor gramatical y atendida su propia estructura, significa parecido al *vejente*, venido á *vejente*, ó á *vejenta*. Lo mismo que aleonado significa parecido al león, y afeado venido á feo, y arruinado venido á ruina.

Y como *vejente* no es VIEJO, ni *vejenta* es VIEJA, ni ninguna de esas dos palabras es más que un disparate, resulta que *avejentado* es otro mayor, que no sirve para significar aviejado ni envejecido, ni debe usarse para nada.

—Pero sí es que está en el Diccionario de la Academia...

—Sí, allí está; pero déjenle ustedes que esté: allí no hace daño. Porque como la Academia está tan desacreditada, aunque no más de lo que merece, nadie hace caso de ella ni de sus libros... más que algún pobre modernista como este de la *crónica*.

Ni les importe á ustedes tampoco que esa tontería se lea acaso en algún libro de algún escritor de fama; porque bien puede ser que el tal escritor no la escribiera, sino que se la haya puesto algún impresor ignorante y presumido, como suele haberlos. Y aun en el caso de que la escribiera un autor de fama, como la pala-

bra no tiene origen racional ni tampoco la ha adoptado el uso culto, no se le debe seguir en eso.

Vamos adelante.

«Cuando pasen los años y vuelva, allí le encontrará, más *avejentado*, más cubierto de polvo, más surcado de grietas y *socavado* de *hendiduras*...

—¿.....?

—Sí, así dice; porque se conoce que no sabe el cronista lo que son hendiduras, ó no sabe lo que es socavar, ó ignora las dos cosas.

«Pero allí permanece impasible.»

—¿.....?

—Hay que suponer que es el cobertizo; de modo que la impasibilidad es muy natural y *obligatoria*.

«Pero allí permanece impasible, evocando dichas y despertando *añoranzas*...»

—¿Añoranzas?... ¿Y eso?...

—Eso es otra tontería que hace años les trajo á los académicos D. Víctor Balaguer allá de Cataluña, y ellos, los majaderos, la recibieron como un regalo, aunque no nos hacía maldita la falta.

—¿Y qué quiere decir?

—Los académicos no lo saben á punto fijo, ni los catalanes tampoco. De suerte que... lo que ustedes quieran. Y vamos andando.

«Aun se puede leer en el blasón de piedra la heroica impetuosidad del *chozno*...»

—¿Y eso qué es?

—Una barbaridad; ahí donde ustedes la ven, una barbaridad como una loma; barbaridad no se si del autor de la *crónica*, ó de la Academia, que en este particular andan encontrados.

Porque la Academia en su Diccionario, después de poner esa palabreja y de ponerla una etimología griega con interrogante, es decir, con duda, preguntando si vendrá de una palabra griega que significa el hijo del biznieto, dice que significa *cuarto nieto*.

En lo cual hay ya una incongruencia y una ignorancia, porque el hijo del biznieto no es *cuarto nieto*, sino tercero, ó tataranieto.

Pero la incongruencia mayor está entre esta significación que á la innecesaria y ridícula palabra *chozno* da el Diccionario académico, y la en que la emplea el *croniquista*.

Pues al decir que se puede leer en el blasón de piedra «la heroica impetuosidad del *chozno*, no puede querer decir el *cuarto nieto*, sino el *cuarto abuelo*, si acaso; lo cual no es lo mismo, sino lo contrario precisamente.

¿Cómo ha de poder leerse en una piedra vieja la impetuosidad del que no ha nacido ni caerá todavía en siglo y medio?

.....
Hemos leído once líneas nada más y en las dos que siguen habla el cronista de una puerta *desquiciada* de *goznes*, lo cual es una barbaridad, ó dos, mejor dicho.

Porque para estar desquiciada una puerta necesita tener ó haber tenido *quicio*; y si tiene quicio no tiene goznes. Y si tiene ó tuvo goznes y no quicio, no puede estar desquiciada, sino *desgoznada*; ó desgoznada, que es como generalmente se dice.

Por la cuenta, el *croniquista* no sabe ni lo que son los goznes ni lo que es el quicio, y cree que todo es uno.

Verdad es que en la ignorancia de lo que es el *quicio* tiene muchísimos compañeros, pues apenas se puede abrir un periódico que no hable, en invierno especialmente, de los niños que duermen en los quicios de las puertas, llamando quicio á la solera ó al humbral, lo cual es sacar completamente las cosas de quicio, y grandísimo disparate.

Todo esto hay en las primeras trece líneas de la *crónica* de autos... ¿cuántas correcciones habría que hacer leyendo hasta el fin sus dos columnas?

¡Figúrense ustedes!

III

La lucha por el desatino.

Insisto en que, en la jerga periodística moderna, la palabra *crónica* viene á significar algo así como chorro de disparates.

Y allá va otra prueba.

La *Crónica* que me la suministra y que ustedes van á tener no sé si el gusto ó el disgusto de saborear en extracto, se llama *la lucha*, lo mismo que se podía llamar *la chula*, si al autor le hubiera dado la gana de hacer una simple inversión de letras, y aun podría llamarse *el chal ó el hacha*.

Porque, si bien es cierto que no figura en ella ninguna chula, como tampoco ninguna hacha ni ningún chal, tampoco la lucha se ve por ninguna parte, á no ser la de los despropósitos, que, como son tantos, se cachetean y se empujan unos á otros disputándose el sitio.

Y empieza:

«Paseando indiferente
una tarde del pasado
mes de Octubre...
(¡Hombre, bien, perfectamente!
¡Qué copla con pie quebrado
se descubre!)

Debo advertir á ustedes que eso no es más que una muestra aislada de las facultades del autor para versificar sin querer. No continúa.

En prosa es como sigue diciéndonos:

«Paseando indiferente..., etc., por la carretera de Portugalete á Santurce, tuve en unos instantes la *percepción más profunda, más vigorosa* (¡qué presumido!) y más inesperada...»

Eso sí lo creo; inesperada, sí; como la cojeja de arriba.

«...que haya podido presentarse del drama humano, sintetizado en las palabras *la lucha por la existencia...*»

Advierto á usted que esas palabras no sintetizan un drama humano, sino una costumbre ó una tendencia ferina; porque las fieras son las que suelen *luchar por la existencia*. Los hombres luchan por cosas más altas: por el honor, por el amor, por el derecho, por la gloria...

¿Ha visto usted ó ha oído alguna vez que dos hombres se hayan apuñalado en una taberna por querer ambos beberse una copa de vino?...

Por rehusar ó despreciar uno la copa de vino que le ofrece otro, hay puñaladas muchas veces; pero por disputársela y querer bebérsela, nunca; ni por quitarse uno á otro el plato de comida, tampoco.

Ni los mismos granujas de la calle se pegan jamás por un mendrugo. Se pegarán por disputarse quién tiene más derecho á él, ó quién es más guapo; pero por el rebojo, nunca.

Por la comida sólo riñen las fieras, no los hombres. Aun los más prosaicos de éstos y más descristianizados no pelean ni arman jaleos y huelgas por la comida, que no les falta, sino por la ambición de riquezas, por el dinero necesario para sostener vicios.

Quiere decir todo esto que lo de *la lucha por*

la existencia, aplicado á los hombres, es una tontería; muy afortunada, si se quiere, puesto que la repiten mucho, pero tontería al fin y al cabo.

Con más razón se podría llamar al trabajo de los que escriben esta clase de crónicas *la lucha por el desatino*.

Quedemos, pues, en que esas palabras no sintetizan ningún problema humano, y vamos adelante.

Dice el croniquero:

«Fué aquello como la visión portentosa...»

No le hagan ustedes caso, no hay tal portento. Ya verán ustedes cómo todo ello es una vulgaridad simple.

«Fué aquello como la *visión portentosa, por lo grande, del gran símbolo expresador* de la idea que encierra...»

Bien sé yo á quién debieran encerrar.

«¡Visión portentosa, por lo grande, del gran símbolo expresador de la idea!...»

¡Cualquiera lo entienda! Y añade:

«Símbolo hermoso, grandiosamente hermoso,

que á la vez estremecía
y alentaba y producía
(¡qué bonito pareadito!)

un *consuelo triste* (¡buen consuelo!), porque marcaba los *momentos culminantes* de la pelea, el *incansable embite*, siempre rechazado,

del comienzo; el enardecimiento entusiasta de la carga dominante...»

¡Vamos! ¿Se puede disparatar más?..

¿Qué será eso del *incansable embite, siempre rechazado, del comienzo?* ¿Qué será lo del *enardecimiento entusiasta de la carga dominante?*

Bueno, pues toda la *crónica* es así en la forma.

Y en el fondo... verán ustedes.

Todo ello se reduce á que «*hallábase* la base, el arranque *simbólico*, en el *panorama ambulante*... y á los oculares del estereoscopio se pegaban los *niños* y las *niñas ricos*, sacados de *las quintas de paseo*...»

Claro es que no entenderán ustedes una palabra de lo que voy copiando: «*hallábase* la base, el arranque *simbólico*... Los *niños* y las *niñas ricos*, sacados de *las quintas de paseo*...»; pero lo mismo le debe de pasar al autor que lo ha escrito...

Y sigue escribiendo:

«Mas el primer tiempo del símbolo éste *no hallábase* ciertamente en el aparato...»

¡Ah! ¿conque *no hallábase*?..

Pues mire usted: *no dícese* «no *hallábase*», porque esa trasposición del pronombre *no úsase* nunca con negación.

Verdad es que, si no hubiera usted escrito ese *no hallábase*, faltaría ese disparate en la *crónica*, y usted se ha propuesto que no falte ninguno.

Tampoco se dice dos ruedas sin *radios*, porque esos que usted llama *radios*, se llaman *rayos*.

Y tampoco es verdad que las *ruedas de las carretas vascas* sean de *una sola pieza*.

En sustancia, si la cosa la tuviera, la cosa es que el *croniquero* vió á un francés y una francesa que llevaban un panorama en un carricoche. Esta fué la *visión portentosa, por lo grande, del gran símbolo expresador de la idea...* y á esto lo llama él el *primer tiempo*.

Después... esto no lo vió, pero lo asegura, porque los genios así, que escriben *crónicas* de éstas, no necesitan ver las cosas para afirmarlas... Asegura, pues, el *croniquero* que aquellos vascos franceses, enseñando su panorama sacaban el mismo dinero en España que en Francia, precisamente el mismo; pero que con la misma cantidad de dinero en Francia vivían bien y en España se morían de hambre... Todo para sacar la consecuencia de que en España no se puede vivir.

Lo cual, á primera vista, no parece gran desacierto; porque un país donde hay quien escribe *crónicas* como esa, y hay quien las publica, y hay quien las lee, es un país perdido...

Verdad es que leer... yo creo que esas *crónicas* no las lee nadie.

Aparte de eso, la consecuencia es falsa, porque lo son también las premisas.

En primer lugar, no es cierto que enseñando el panorama sacaran los dueños el mismo producto en España que en Francia. En Francia acude siempre más gente á ver esas cosas, por dos razones: la primera, porque hay más dinero; y la segunda, porque hay menos sentido común.

Después, tampoco es cierto que con lo que se vive en Francia no se pueda vivir en España; lo cierto es lo contrario: que en Francia es mucho más caro todo, por una de las razones antes dichas, porque anda el dinero más abundante.

Pero se conoce que el autor de la *crónica* sabe tanto de vivir en Francia como de escribir en castellano; y como necesitaba un argumento para disparatar en una *crónica*, fué y discurrió ese, por no poder discurrir otro mejor, y ese le sirvió para decir que los españoles *no comen desde hace cuatro siglos*, que se mantienen de legumbres, que *no se nutren* y no pueden ser *buenos animales*, y por eso y por dedicarse á la *contemplación* y al *misticismo* está España tan en decadencia, con otras mil majaderías por el estilo. Sin reparar el infeliz *croniquero* en que aquella España que comía legumbres y se dedicaba á la contemplación y al misticismo, realizó la conquista de América y de Italia y de Flandes, y paseó sus banderas por todo el mundo; y esta España de ahora, la de los buenos animales, la

que come carne, á lo menos cuando lo prohíbe la Iglesia, y, lejos de dedicarse al misticismo, apenas cree en Dios, ha perdido todos aquellos dominios.

II

MÁS CRONIQUERIAS

I

Progreso cangrejil.

La conocida teoría de que los nombres suelen estar en contradicción con las cosas y con las personas que los lucen, no quiebra, ciertamente, por el lado de nuestros progresistas, que, llamándose así, *progresistas*, á boca llena, son la gente que menos progresa y la más atrasada del mundo.

Ahí los tienen ustedes defendiendo fervorosamente el jurado y entusiasmándose con él como con una gran conquista de la civilización, cuando representa una regresión, cuando es la vuelta al salvajismo, al régimen de la tribu nómada, cuyos individuos se reunían en tribunal (todavía lo hacen así los gitanos) para castigar un delito.

Ahí los tienen ustedes también clamando